

EL COLECCIONISTA

I

—¿Por qué has tardado tanto? —Inquirió el dependiente — Ya sabes que tenemos mucho jaleo, hay que ser rápidos.

—Lo sé, pero parece que no había nadie en casa. Me ha tocado llamar varias veces y, como no había respuesta, me he ido. —Respondió el repartidor, indignado. —Para colmo, el tío vive lejísimos.

—Siempre igual. ¿Para qué piden una pizza si no van a recogerla?

II

La habitación olía a sangre. El cadáver de un varón de unos cincuenta años yacía sobre un extenso charco escarlata, con heridas de arma blanca repartidas por todo el torso. Fuera, una lluvia torrencial golpeaba las ventanas mientras la luz tenue del día nublado iluminaba el habitáculo.

Pedro Jiménez, inspector de policía veterano, observaba la escena con rostro neutro. En sus más de veinticinco años de servicio había visto todo tipo de atrocidades, hasta el punto de mostrarse indiferente ante un asesinato. Permaneció inmóvil mirando el cuerpo sin vida al mismo tiempo que pensaba en el agotador y repetitivo proceso que seguiría a este hallazgo. Los tediosos interrogatorios, el interminable papeleo requerido y la insoportable presión ejercida por sus superiores para dar con el culpable se convertían en un verdadero infierno para alguien que solo deseaba jubilarse. La mirada pérdida de la víctima no era nueva para él, pero sí para su compañera Lara García, recién incorporada al cuerpo. La joven iba de un lado para otro examinando cada detalle que llamaba su atención, hasta el punto de generar nervios entre los miembros de la Policía Científica, que trataban de recoger pruebas minuciosamente.

—Aquí hay algo muy interesante. —Anunció Lara dirigiéndose a su compañero.

— ¿El qué? —Contestó este sin demasiada vehemencia.

—Resulta que la víctima era coleccionista. Sobre la mesa tiene un gran estuche lleno de monedas de todas las épocas, tamaños y materiales. Incluso hay algunas de oro, que deben de costar un ojo de la cara. Lo curioso es que quedan algunos huecos, así que puede que se las llevara el asesino. Sin embargo, ¿por qué no llevarse el botín completo? Puede que simplemente la colección esté incompleta...

El inspector se limitó a asentir mientras Lara se explayaba en sus explicaciones. Ese reconocible entusiasmo con el que hablaba de su primera investigación le evocaba recuerdos de hace muchos años, cuando tuvo que ocuparse de su primer caso. El idealismo de la juventud y su consecuente deseo de justicia habían ido desapareciendo paulatinamente hasta reducirse a leves vestigios de lo que una vez fue parte de su esencia.

Con el viento silbando a través de las ventanas, el torrente de agua resonando en los cristales y el monólogo de su compañera de fondo, Pedro comenzó a pensar en la colección de crímenes resueltos que llevaba a sus espaldas.

III

La mañana siguiente comenzó como todas las demás. El sonido alarmante del despertador, el amargor del café y el monótono camino hasta la oficina conformaban una rutina bien conocida por el inspector. Sin embargo, en esta ocasión, aparte de tratar temas burocráticos, Pedro y Lara tendrían que hacer los interrogatorios pertinentes.

El cadáver había sido identificado como Felipe Herrero, un hombre de negocios relativamente importante en Madrid. La alarma la había dado su jefe, pues nunca se ausentaba al trabajo y su retraso le pareció preocupante.

—Era un hombre muy disciplinado —declaraba su superior—, jamás nos dio problemas. Al no presentarse en el despacho, pensé que algo podría haberle ocurrido. —Hizo una pausa breve, tomó aire y continuó— Parece que así fue.

Lara escuchaba atentamente, anotando con avidez toda la información recibida. Su expresión inocente delataba la simpatía de quien se preocupa por los demás de forma natural. Por su parte, Pedro sabía muy bien que todo aquello era un teatro. No dudaba de que el interrogado hubiera pensado en la seguridad de su empleado, pero se había topado con demasiados perfiles de este tipo a lo largo de su carrera: al día siguiente contrataría a un sustituto y se olvidaría de lo ocurrido.

El resto de la mañana transcurrió sin incidentes. Los agentes indagaron en las relaciones que podría mantener el fallecido con familiares o amigos; así como posibles enemigos que desearan venganza, pero no se encontraron demasiadas pistas. La mayoría de los vecinos aportaban los mismos datos anodinos: que el muerto era un tipo correcto, un poco altivo, que no hablaba con nadie. “Correcto”. Ese era el adjetivo que solían usar para no mencionar que era solitario o, sencillamente, que no lo conocían.

Los agentes permanecieron recabando información durante horas. Nada nuevo surgió. Pedro comenzó a pensar que aquel caso acabaría archivado como tantos otros, otro expediente en su colección de fracasos. Sin embargo, la noticia que llegó después cambió el orden de los hechos.

IV

La primera revisión del teléfono móvil de la víctima indicaba que la última llamada había sido a una pizzería la misma noche de su muerte. Los encargados afirmaron que el hombre no respondió al repartidor. Sin embargo, el trabajador no se encontraba en el establecimiento en aquel momento, por lo que los agentes tuvieron que aguardar su regreso.

La lluvia no había cesado en días. El cielo, completamente nublado, impedía que la luz del Sol llegara plenamente a la piel del inspector, que empezaba a añorar su calidez. Debido al tiempo adverso, los agentes decidieron pasar la espera en el interior de la pizzería.

El inspector preguntó si podría tomar un café y, sorprendentemente, obtuvo una respuesta afirmativa. Se sentaron en silencio, en una mesa suficientemente retirada para no ser molestados por el ajetreo del local. El café era malo, pero por lo menos estaba caliente. La característica curiosidad de Lara comenzó entonces a actuar.

—¿Cómo es llevar tanto tiempo en el cuerpo? —Preguntó con una sonrisa pícaro —¿Hay algún caso que recuerdes especialmente?

—Te aseguro que no es tan emocionante como piensas. Al inicio todo es novedoso y estás inspirado, pero luego... Las cosas cambian.

La chica hizo un gesto de confusión. El inspector olvidaba que los jóvenes siempre buscan respuestas, y la suya no había sido especialmente precisa.

—Verás —continuó —, este trabajo te hace entrar en contacto con auténticas salvajadas. Puede que tu sentido de justicia te guíe al principio, pero todo ello se termina con el tiempo. Criminales que no pagan por lo cometido, sufrimiento por todos los rincones y esfuerzos constantes sin recompensa son suficientes para perder la esperanza de mejorar el mundo.

El rostro de Lara había adquirido un matiz pensativo. Permaneció callada unos segundos.

—Entiendo... —Dijo al fin —Pero es parte del oficio, ¿no? Siempre me inspiraron los policías atentos que realmente velaban por la seguridad de los ciudadanos, arriesgando su vida por la de los demás. Me parece una tarea demasiado noble como para desprestigiarla de esa manera.

El veterano no respondió. Lo cierto es que no recordaba el momento exacto en que su mentalidad había cambiado tan drásticamente. Podía rememorar a la perfección la época en

que se comportaba igual que su nueva compañera, incluso con más ímpetu. ¿Cuándo había dejado de creer en la justicia? ¿En qué momento había pasado de resolver crímenes a simplemente pasar por ellos y añadirlos a la colección?

Paralelamente, Lara se preguntaba si realmente le pasaría lo mismo que a su superior. Una parte de sí misma le decía que era inviable que alguien con su carácter y determinación cayera en semejante apatía, pero la otra sostenía que la funesta realidad terminaría por abrumarla.

Ambos policías salieron de sus ensoñaciones cuando los trabajadores les notificaron la llegada del repartidor. Un hombre joven, alto y vestido completamente de negro entró en el local, empapado a causa de la fuerte lluvia.

Se presentó como Miguel Rodríguez, empleado del establecimiento desde hacía cinco años. Se mostró muy educado y dispuesto a colaborar, por lo que el interrogatorio fue rápido.

—Posiblemente hizo el pedido un poco después de las nueve de la noche. —Explicó el interrogado —Es la típica hora para pedir comida. Debido al jaleo que teníamos, la pizza se retrasó bastante. Llegué a su casa alrededor de las once menos veinte. Lo cierto es que temía que estuviera furioso.

—¿Por el retraso? —Inquirió Lara.

—Esencialmente. Ya había hecho algún reparto a su domicilio, y era un hombre con un carácter especial. El caso es que no respondió, así que decidí volver. Aunque no esperaba...

Miguel dejó la oración ahí. No pudieron recabar mucha más información, por lo que decidieron dar por terminada la sesión de preguntas y regresar a la oficina.

V

La investigación transcurrió durante la semana siguiente sin demasiadas novedades. Tras hablar con el repartidor, llegaron a la conclusión de que el asesinato se produjo en el lapso entre la llamada y la entrega. Ello los dejaba con un margen de acción de apenas hora y media.

Por otra parte, la Policía Científica notificó el tipo de arma utilizado, pero no logró encontrar ningún otro indicio que los condujera al asesino. La cerradura no estaba forzada, las ventanas permanecieron intactas y no se han descubierto restos de ADN. Además, los vecinos tampoco recordaban haber oído ningún ruido que los alarmase. El puzzle estaba demasiado incompleto para hacer conjeturas, por lo que el inspector Jiménez empezaba a hastiarse.

—¡Mira! —Exclamó repentinamente Lara señalando la pantalla de su ordenador —He estado visitando los foros de coleccionismo que frecuentaba el fallecido. Resulta que el tipo estaba paranoico. Decía que alguien lo seguía, y estaba convencido de que era para robarle las monedas que poseía.

—¿Foros de coleccionismo? —Preguntó el inspector, extrañado.

—La numismática es un tema apasionante. —Se defendió la policía —Aparte de que es muy probable que sus pertenencias tengan algo que ver con el homicidio. Ya te mencioné lo de la colección que se halló en la escena del crimen. Le debería decir a la Científica que investigue...

Lara se calló súbitamente. Permaneció en silencio por un momento, con la mirada en un punto fijo. Entonces habló lentamente, contrastando así con su usual fogosidad.

—Se me ocurre una forma de encontrar al asesino.

VI

El inspector Jiménez reconoció la perspicacia de su compañera, cuya propuesta se basaba en una característica básica de las monedas de colección: si son verdaderas, deben estar certificadas y numeradas. Esto permite que su rastreo sea relativamente sencillo. Sin embargo, la experiencia de Pedro le advertía de las diversas variantes a considerar. Cabía la posibilidad de que el asesino tuviera otros motivos para cometer el crimen y, por tanto, que no robara ninguna pieza de la colección. Pese a ello, decidió seguir esta línea de investigación. Había pequeños detalles que no le cuadraban, pero no era capaz de encajar todas las partes.

—Tengo noticias. —Comentó Lara al entrar en el despacho—Los de Científica han determinado que faltan cuatro monedas que el hombre había comprado previamente. Ahora solo falta comprobar si alguna de ellas está en venta y, en tal caso, ir a por el vendedor.

El inspector Jiménez trató de estructurar todos los acontecimientos en su mente. El homicidio se habría cometido entre las nueve y las diez y media de la noche, aproximadamente. En ese pequeño margen, el criminal accedió a la propiedad de la víctima. Lo asesinó y, no conforme con ello, robó cuatro monedas. Únicamente cuatro. La forma en que había accedido a la vivienda y cómo conocía lo que había en su interior seguían siendo un misterio. ¿Sería cierto que seguían al hombre?

Las numerosas incógnitas le estaban provocando fuertes migrañas. La tormenta continuaba en el exterior. Mientras reflexionaba sobre el caso, Pedro miraba su reflejo en la ventana ligeramente empañada. La lluvia parecía más viva que él mismo. Su imagen se veía borrosa, ficticia y vacía. Fue entonces cuando se percató de que él solo había provocado su miseria.

VII

Un mes después de la muerte de Felipe Herrero, se localizó una de las monedas robadas. La ofertaba el dueño de una tienda de antigüedades que también hacía ventas por internet.

—¡Lo tenemos! —Voceó Lara.

A Pedro le alivió la emoción de su compañera. En los últimos días se había mostrado especialmente abstraída, y el inspector sospechaba que su ensimismamiento era consecuencia del pesimismo que le transmitía a la joven. Pese a estar agotado y frustrado, su intención no era acabar con los sueños ajenos, por lo que se prometió a sí mismo tener más tacto en futuras conversaciones. Además, la actitud de la recién llegada configuraba un soplo de aire fresco más que necesario en aquel momento.

Los agentes se presentaron lo antes posible en el local del sospechoso, que tenía una apariencia afable. Se trataba de un varón de unos cuarenta años, vestido de forma modesta y con una expresión de amabilidad en el rostro. Lara se mostró sorprendida ante la figura que, presuntamente, habría cometido el crimen. Pedro, por el contrario, ya se había encontrado con demasiados casos donde las apariencias engañaban descaradamente.

Tras mostrar sus placas identificativas, procedieron a interrogarlo y registrar la tienda.

—¿Puedo preguntar qué está pasando? —Susurró el hombre con un tono entre nervioso y temeroso.

—Es usted sospechoso de asesinato —Declaró el inspector —, a menos que pueda explicarnos de dónde ha sacado esta moneda.

En ese momento, le mostró la fotografía de la página web de la tienda que anunciaba la reliquia. El vendedor permaneció con aire confuso unos instantes.

—La obtuve hace unas semanas —dijo por fin —, me la vendió un joven muy educado. Ahora mismo no recuerdo su nombre, pero sé que me llamó la atención lo alto que era. Me comentó que la había heredado, pero que no sabía muy bien qué hacer con ella, de modo que había decidido venderla. Lo cierto es que parecía tener prisa por deshacerse del objeto.

Pedro Jiménez se quedó helado. Sus ojos se movían ligeramente en un vaivén prácticamente imperceptible. Todas las piezas del puzle comenzaron a encajar en su cabeza repentinamente de forma perfecta. Al ver que no reaccionaba, Lara intervino.

—¿No tendrá usted los datos de esa persona?

—Sí, claro. Antes de comprar cualquier objeto de valor se debe comprobar que es verdadero. Le pedí el número de teléfono para poder avisarle cuándo todo estuviera estudiado y en orden.
—Comentó el hombre en un tono más relajado —Puedo dárselos ahora mismo. Déjeme que busque los papeles.

Alguien que podía haber tenido acceso a la vivienda anteriormente, siendo capaz de localizar su botín. Alguien que estuviera disponible durante el periodo en el que se había enmarcado el homicidio. Alguien que no necesitara forzar la puerta, pues le abrirían al llegar.

—¡Aquí está! —Mencionó el dependiente, aliviado —También tengo anotado su nombre. No dejó apellidos, pero me dijo que se llamaba Miguel.

VIII

Sin saber muy bien por qué, el inspector se encontraba frenético. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se sintió de esa forma. Puede que simplemente deseara terminar dignamente esta investigación, pero estaba convencido de que su estado se debía, al menos parcialmente, a la influencia de su compañera. Lara estaba eufórica y parecía haber olvidado por completo la conversación que tuvieron en la pizzería. Puede que ambos lo hubieran hecho.

Los policías se apresuraron a contactar con el principal sospechoso: Miguel Rodríguez, el repartidor de la pizzería. Llegaron al establecimiento y aguardaron su llegada. Cuando el inspector Jiménez se identificó con su placa y le pidió que los acompañara a comisaría, le pareció detectar en el chico un gesto de derrota. Era el rostro de alguien que conocía perfectamente su destino y que, además, lo había aceptado.

Miguel se mostró igualmente respetuoso durante el inicio del interrogatorio. Sin embargo, aunque carecían de pruebas más consistentes -como restos de ADN o testigos-, los indicios que lo incriminaban y su incapacidad para justificar su posesión de la moneda provocaron su derrumbe definitivo. Había sido informado de que se iba a llevar a cabo un registro en su casa, por lo que sería cuestión de tiempo que aparecieran el resto de los objetos robados junto al arma homicida. En una situación de desesperación, comenzó a relatar lo ocurrido.

IX

Ya había entregado varios pedidos en casa de Felipe Herrero. La primera vez que le abrió la puerta, a Miguel le llamó la atención una colección de monedas que tenía sobre la mesa. Desde la entrada no podía verlas con claridad, pero estaba convencido de que eran realmente valiosas.

Siempre le extrañó que un individuo así pidiera comida a domicilio. Vivía en una casa aparentemente espaciosa, vestía ropas de lujo y coleccionaba monedas antiguas. Aun así, casi todos los días hacía un pedido a la misma hora. Puede que no tuviera tiempo para cocinar, o que simplemente disfrutara de ese tipo de comida. A Miguel realmente no le importaba.

En una de sus rutinarias entregas, decidió entablar conversación con él.

—¡Anda, qué chulas! —Le había dicho —¿Es usted coleccionista?

El hombre se limitó a mirarlo por encima del hombro, o esa fue la percepción del repartidor.

—Sí. Gracias.

Acto seguido, Felipe cerró la puerta con un gesto brusco. Fue entonces cuando la obsesión de Miguel comenzó. Esas reliquias habían llamado su atención y, además, no estaba dispuesto a que lo trataran con semejante soberbia.

El trabajador empezó a seguir todos los movimientos del coleccionista. Trataba de ser precavido, procurando que no lo vieran por la zona. Asimismo, continuó con sus intentos de hablar con Felipe. Sus interacciones siguieron la misma dinámica de desprecio hacia el repartidor hasta la noche en que decidió su venganza.

Era un día como cualquier otro. El hombre abrió la puerta y, al ver de nuevo a Miguel, resopló. Llevaba encontrándose con su cara durante meses, y estaba empezando a cansarse. El repartidor volvió a hacer referencia a sus monedas. Amargado de dar siempre las mismas explicaciones al respecto, Felipe entró en cólera.

—¡Deja mis pertenencias en paz! Ni siquiera quiero que las mires. Cuatro monedas más valen más que tu vida.

Tras decir esto, dio un portazo.

La ira recorría el cuerpo de Miguel de manera imparable, pero era consciente de que actuar en ese momento sería temerario, por lo que se contuvo. Trató de calmarse y regresó al trabajo.

Al día siguiente, el hombre no hizo ningún pedido. Y el de después, tampoco. Así transcurrieron semanas e incluso meses. Pero ello no impidió que, cada uno de esos días que no llegaba a su casa, el repartidor fuera plenamente preparado para el crimen.

Un día, por fin, fue enviado a la dirección que tan bien conocía. Llevó con él protección para las manos, cara y cuerpo con el fin de no dejar rastro; así como el cuchillo que utilizaría en el

asesinato. Estaba seguro de lo que estaba haciendo. Llevaba siendo desprestigiado toda su vida. Primero por su familia, que no lo apreciaba; después en la escuela, que lo marginó y trató como un desgraciado; y ahora, en su trabajo. No estaba dispuesto a permitir ser pisoteado toda su existencia. Era la primera vez que mostraba interés por una afición ajena. ¿Así es como se lo pagaría el mundo?

En el momento en el que el hombre abrió la puerta, Miguel se abalanzó sobre él. No le dio tiempo a gritar. Lo apuñaló sin piedad y, tras cerciorarse de que no hubiera ningún testigo, cogió cuatro monedas y se marchó satisfecho.

X

La expresión de Lara delataba que no daba crédito a la historia del asesino. El inspector se limitó a escuchar en silencio.

—Sin embargo —articuló el detenido —, el acto no tuvo el efecto que pensé. No era capaz de mirar las monedas sin sentir unos remordimientos insoportables. Es por ello por lo que pretendía venderlas. Consideré que hacerlo en una tienda en físico levantaría menos sospechas, aunque no fui suficientemente cuidadoso. Puede que fuera una forma de sabotearme a mí mismo, no estoy seguro...

—Suficiente. — Declaró Pedro —Queda acusado de asesinato. El resto puede contárselo a un juez.

Ambos policías se levantaron y abandonaron el lugar. Ninguno de los dos hizo comentario alguno acerca de las barbaridades escuchadas.

XI

A pesar de tener la confesión del criminal, transcurrieron más de dos meses hasta que Miguel Rodríguez ingresó en prisión. Fue condenado a treinta y cinco años de cárcel.

La sentencia llegó a oídos del inspector gracias a Lara, que seguía tan entusiasmada con su trabajo como de costumbre. Ambos se miraron con complicidad. Se habían hecho buenos compañeros y cada uno había adquirido rasgos del otro. Así como Sancho se convierte en Quijote y viceversa, el inspector había recuperado parte de su vocación al tiempo que dotaba a su ayudante del sentido común tan ausente en etapas precoces de la vida.

—Es la hora del descanso, ¿nos tomamos un café? —Propuso la joven.

Pedro Jiménez aceptó encantado y juntos salieron de la oficina. El Sol brillaba resplandeciente en el exterior y al hombre le pareció ver su nítido reflejo en el ventanal. La justicia había triunfado esta vez.